

EFERVESCENCIA EN EL CENTRO

La política, igual que la naturaleza, tiene horror al vacío. En 1982 desapareció la UCD del mapa de los partidos españoles. No sólo por su propio nombre de Unión de *Centro* Democrático, sino por su breve y fecunda historia y por su vocación de artífice del gran cambio institucional e ideológico del Estado, durante más de cinco años, había ocupado el lugar medial del arco de la política española.



ANTONIO
FONTÁN

La existencia del partido de centro respondía a una necesidad pública y a la realidad social del país. Así quedó demostrado, además, en los dos primeros comicios electorales de 1977 y 1979. Más tarde se esfumó, como todo el mundo sabe, por obra de sus propios errores y por el implacable acoso a que le tenían sometido los partidos y los políticos situados a sus dos costados. Pero una parte muy notable del electorado sentía la necesidad de una fuerza política que no estuviera ni a la derecha ni a la izquierda. Entre los dismantelados restos del naufragio, y con las propias siglas de UCD o el nombre de Suárez —CDS— se juntaron todavía en octubre del 82 más de dos millones de votos, el doble de los que en el 77 y en el 79 había tenido Alianza Popular, y bastantes más de los que había sacado nunca el Partido Comunista.

A estas comparaciones hay que agregar el hecho de que un sector notable de los dirigentes de UCD acudieron a las urnas unidos a la Coalición Popular, y otros al Partido Socialista. De los 168 diputados de UCD elegidos en marzo del 79, casi cuarenta volvieron a ser parlamentarios en el 82, a título de Coalición Popular, de PSOE, de la propia UCD, del CDS, o de CiU. Hay que pensar que sus nombres, acreditados como personas de centro en la etapa política anterior, contribuyeron a aportar sufragios a las respectivas candidaturas.

La extinción del centro ha creado, en efecto, uno de esos «agujeros negros» que, como los del cosmos, atraen y absorben la materia en torno a ellos. Es lo que ocurre con los nuevos partidos que ahora están asociados con AP en la Coalición Popular, como el

caso del PDP, democristiano, y la Unión Liberal, así como algunas formaciones regionales. Es lo que intenta en su región la Coalición Galega, y en otros lugares de España los grupos que se apuntan al reformismo que abandera el convergente catalán Roca, o el PDL que preside Antonio Garrigues y las individualidades políticas que se hallan todavía a la espera de una decisión —aunque sea la de retirarse definitivamente de la cancha—.

Todos ellos son esquejes desprendidos, o supervivientes, del antes vigoroso árbol centrista. El «agujero negro» dejado por el centro también se ha hecho sentir, quizá más especialmente, en las elecciones autonómicas del País Vasco y de Cataluña, contribuyendo sin duda a la mayoría absoluta de los partidos nacionalistas.

En este centro hirviente se advierten dos grandes tendencias, entre las cuales las diferencias más que ideológicas o doctrinales son de índole estratégica: basta ver que en ambas se encuentran liberales, cristiano-demócratas, regionalistas y centristas químicamente puros. Unas se recuestan sobre su derecha e intentan, como se suele decir, centrar la Coalición, mientras la otra aspira a introducir una cuña con la esperanza de ganar espacio y fuerzas arañando votos a diestra y siniestra.

De momento, todo esto vale y normalmente continuará así hasta final de año, cuando los socialistas, tras su treinta congreso, hayan puesto orden en su casa y se pueda empezar a prever si las elecciones van a ser a fines del 85, junto con las gallegas, o unos meses más tarde.

Pero ese mismo hervor de centro es una prueba de vitalidad. Así como también es una prueba de que la sociedad española ha evolucionado ya lo suficiente para que las posturas extremadas carezcan de todo porvenir. Los socialistas lo comprendieron a la hora de presentarse a las elecciones del 82. Es previsible que las fuerzas no socialistas hayan aprendido la lección antes de que en el 86 sea tarde para ellas y antes de que una nueva victoria de la izquierda mantenga la actual descompensación de la representación política del país real.